

200 AÑOS DE LA CONSTITUCIÓN DE CÁDIZ

Nación de ciudadanos

Al recordar, doscientos años después, lo que fueron y significaron el Cádiz de las Cortes y la Constitución nos quedamos con dos herencias importantes: el vocablo liberal (del latín «liberalis», lo propio del hombre libre) en su acepción política y el nacimiento de España como nación de ciudadanos. A partir de aquel 1812 quedan diseñadas en España dos actitudes, dos talentos —el liberal y el reaccionario— presentes a lo largo de nuestra historia contemporánea. Ambas, que tratarán de imponerse de forma excluyente, toman cuerpo en el primer tercio del XIX. Fueron años de represión, de delaciones,

por la libertad: el Cádiz de las Cortes, Riego, Marianita Pineda, Torrijos... Este último, «mártir de la libertad», sería ejecutado en 1831, sin juicio ni cargos, por conspirar contra Fernando VII para que hiciera realidad la Constitución, como refleja el célebre cuadro de Gisbert. En el obelisco que en su memoria se levantó en la malagueña plaza de la Merced se lee: «A la vista de este ejemplo, ciudadanos, antes morir que consentir tiranos».

Los liberales, defensores de la Constitución, serían los reafirmadores de los principios de 1789, es decir de la libertad, igualdad, solidaridad y, en definitiva, de la modernidad. Esa vía liberal marca



Promulgación de la Constitución por Fernando VII

de miedo, de mentiras, de inquisiciones, cuyo estudio nos alumbrará hoy el camino de lo que no puede ni debe permitirse.

Fueron años en los que se terminó de configurar todo un pensamiento reaccionario sintetizado en los versos de «El filósofo de Antaño», fijando el origen infernal del liberalismo: «El arcángel San Miguel es príncipe celestial, / y el que hay bajo sus pies / es un señor liberal». Su temática abunda en temas sobre la libertad, como sumisión, la condena de la tolerancia, la defensa de la sociedad estamental y de la tortura, la condena de la libertad de imprenta, la negación del progreso... Todo un entramado ideológico, moral, de pautas sociales, etc. que configuran la actitud reaccionaria.

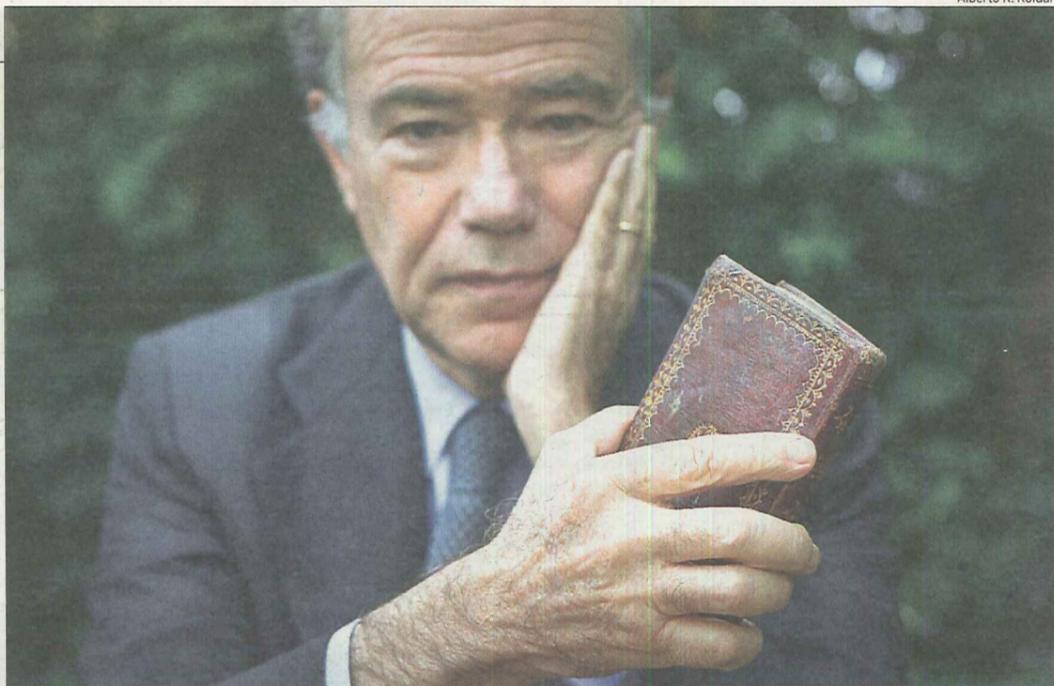
El procedimiento era crear en la sociedad la inseguridad y el miedo, mediante la sospecha; la solución: reprimir; el arma favorita, la Inquisición.

No faltan símbolos en la lucha

todos nuestros siglos XIX y XX que, a excepción de las dictaduras, gozarán de constituciones.

Es oportuno recordar con Linz que la democracia es liberal por definición. Y que ese liberalismo está representado, a título de ejemplo, por personajes como Larra, Giner y la Institución Libre de Enseñanza, Unamuno y sus conferencias en «El Sitio» («pocas cosas me han preocupado más que el lograr que haya en mi patria verdadera conciencia liberal democrática»), Castillejo, Machado, Marañón y un larguísimo etcétera. Al reflexionar sobre las consecuencias tan negativas que nos han deparado a lo largo de nuestra historia las actitudes y soluciones reaccionarias no puedo menos que admirar a ese mito que es ya Torrijos, recordando estas palabras que en su centenario le dedicó Unamuno: «Torrijos era liberal, que es lo más que se puede ser».

Luis PALACIOS



Gregorio MARAÑÓN Y BELTRÁN DE LIS

Presidente del Patronato del Teatro Real

La verdad no tiene dueño

Ser liberal constituye mucho más que una ideología política o una escuela de pensamiento económico. Es una forma de ser y de entender la vida propia y la convivencia cívica. El liberal asume, ante todo, el compromiso con la libertad y, por supuesto, entiende que no hay libertad posible sin la correspondiente defensa de los derechos humanos y el ejercicio de la solidaridad social.

Desde esta libertad que defiende, el liberal considera imprescindible un marco socioeconómico que permita el desarrollo de la iniciativa privada. En una democracia liberal, la política no es una actividad privativa de los titulares de las administraciones públicas sino de todos los ciudadanos, que pueden ejercerla individualmente y de manera asociada. El liberal también preconiza, desde esta perspectiva, la libertad de los mercados, pero esta libertad exige que esos mercados estén, a su vez, debidamente regulados en función del interés público. Así, entre los aprendizajes definitivos de la crisis global que nos asola, figurará para siempre la experiencia de lo que sucede cuando los mercados financieros carecen de esta regulación.

Finalmente, el liberal sabe que la verdad no es patrimonio de nadie, tampoco de él, y respeta, por tanto, las ideas, las opiniones y las conductas que no coinciden con la suya, siempre que éstas no supongan un atentado contra ese sagrado principio de la Libertad que constituye su verdadera razón de ser y conforma su identidad.

Mario VARGAS LLOSA

Escritor y Premio Nobel de Literatura

Progreso

Como dije durante una conferencia en el American Enterprise Institute, el liberal que yo trato de ser cree que la libertad es el valor supremo, ya que gracias a la libertad, la humanidad ha podido progresar desde la caverna primitiva hasta el viaje a las estrellas y la revolución informática, desde las formas de asociación colectivista y despótica hasta la democracia representativa.

